



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

La pacificación de apaches y comanches en tiempos de Carlos III

César Muro Benayas

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Patrimonio Cultural Militar

El origen

Carlos III, pragmático con las posibilidades del reino, en sus directrices al Consejo de Indias para el Virreinato de Nueva España, ocupado en apenas un tercio de su extensión, marcó como objetivo colonizar la zona septentrional de los territorios ya ocupados, dejando los lejanos campos más al norte para quienes le sucediesen. Se les llamó, de forma genérica, Provincias Internas, referenciándolas como las que se encontraban más al interior del territorio. Coinciden, actualmente, con una ancha franja formada por los estados norteamericanos de California, Arizona, Nuevo México, Colorado, Texas y Luisiana y los vecinos mexicanos de Baja California, Sonora, Chihuahua y Coahuila.

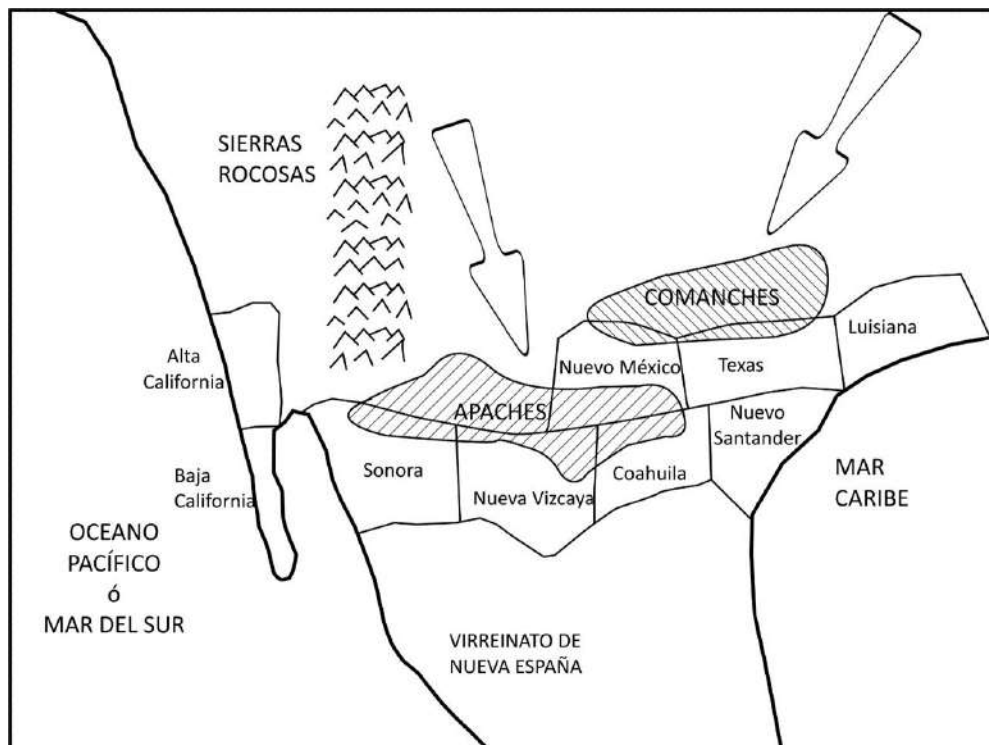
Ni apaches ni comanches eran originarios de las Provincias Internas. Los apaches, grupo heterogéneo, procedente de zonas abruptas de las Montañas Rocosas, aparecieron al final del siglo XVII. En los mismos años, otra gran tribu, expulsada de las grandes llanuras del centro del continente, arribaron, también, a esos territorios. Eran los comanches. Ambas no tardaron en chocar y convertirse en feroces enemigos. Tenían intereses comunes: el dominio de las praderas y la caza del bisonte americano, que nosotros denominamos «cíbolos».

Los españoles se encontraron con la permanente resistencia de estas tribus guerreras que no tenían el menor deseo de convivir y, menos aún, cambiar sus costumbres y cultura para convertirse en hispanos.

Así empieza esta increíble historia tan poco conocida, donde la Caballería española, personalizada por los dragones de cuera, hizo frente a los más terribles guerreros de aquellos tiempos. Comienza en 1772 y tiene su epílogo en 1793.

Destaca un personaje singular en esta epopeya: Juan Bautista de Anza, líder de aquella guerra contra apaches y comanches; francamente, poco reconocido en nuestra historia militar.

Hay otros protagonistas a quienes agradecer los logros de aquella quimera: los miembros de la familia Gálvez, eficaces y leales servidores a la Corona. Tuvieron notable influencia en los niveles político, estratégico y operacional. Uno, por su constante preocupación e impulso desde su puesto de ministro; los otros dos, por sus valientes y oportunas decisiones como virreyes.



Apaches y Comanches en Nueva España

Una visión estratégica inicial

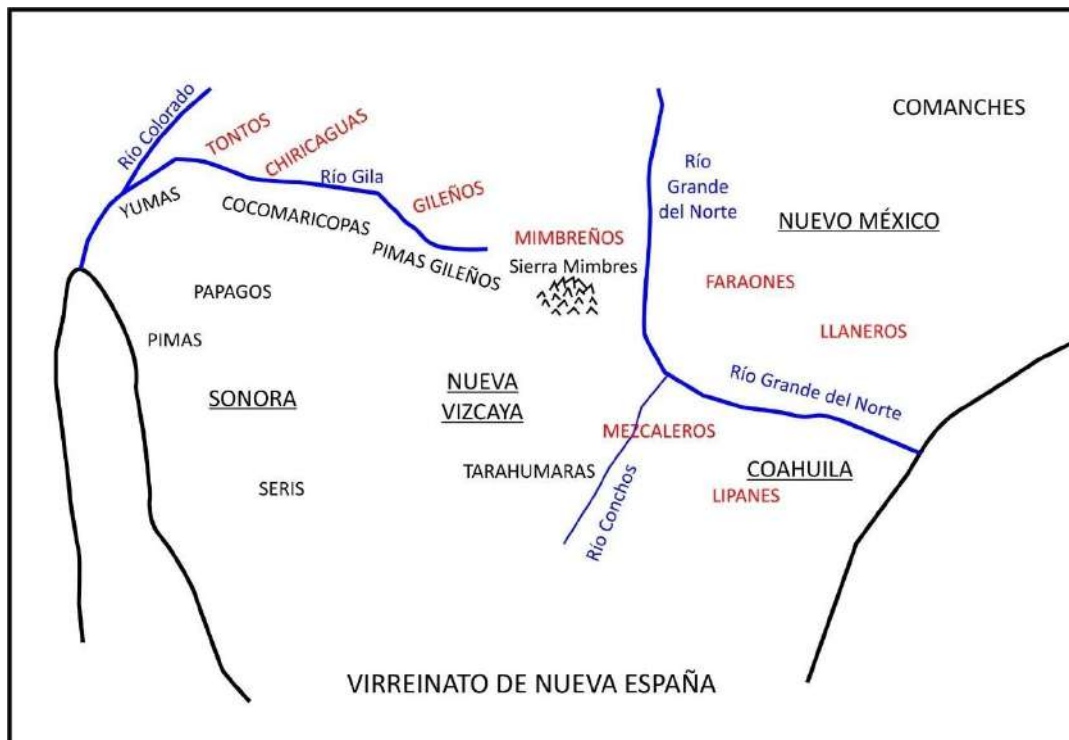
En 1772, el rey sancionó un reglamento por el que las Provincias Internas serían una organización militar independiente. Al mando de un brigadier, se distribuían los presidios de forma más coherente y se reajustaban sus efectivos. Este despliegue, inicialmente lineal, evolucionó ganando profundidad, al completarse con unidades

móviles de dragones, e indios leales, para socorrer los presidios y cubrir zonas vacías.

La actitud, inicialmente, fue defensiva protegiendo los presidios y tierras de colonos.

Los apaches

No eran una nación, sino un conglomerado de tribus que tenían en común su procedencia, parentescos lejanos, las mismas costumbres y una misma lengua, ágrafa, sin escritura. Se agrupaban por clanes y familias, a conveniencia. No había vínculos cerrados entre ellos, cada ranchería vivía independiente. Sin jefe superior, ni consejo que les representase, nadie tenía ascendiente sobre otros.



Tribus en las Provincias Internas. (Leales en negro/ Apaches en rojo/ Comanches en verde)

Eran bien parecidos. Más altos que otras tribus. Pelo largo, barbilampiños y de contextura fuerte; destacaban por su agilidad y resistencia. Sus ojos, oscuros y vivos, reflejaban la astucia del cazador. Su carácter era colérico y violento, a la vez que arrogante. En el combate se mostraban tremendamente crueles y alevosos. El valor, su principal aprecio, regía su vida y su prestigio social. Su vida giraba en torno a la caza o la lucha. Se sentían guerreros y desprecian cualquier otra forma de vida.

Ubicaban las rancherías en parajes escarpados de las sierras, en alturas que controlasen los accesos, siempre vigilados. Como nómadas sin arraigo a la tierra, se movían continuamente, buscando caza y frutos silvestres.

Solo presentaban combate si eran superiores. Ante la presencia de fuerzas mayores su actitud era esconderse o huir. Sus ataques se basaban en una buena preparación, mediante la información que sacaban por observación previa y el secreto en la llegada. La ejecución siempre por sorpresa, con mucha coordinación entre los actuantes y máxima rapidez, violencia y crueldad. Después, el procedimiento no era otro que la inmediata retirada en pequeños grupos.

Se encontraban repartidos por todo el frente septentrional de las Provincias Internas, desde Sonora hasta Nuevo Méjico y Coahuila, siendo la más poblada Nueva Vizcaya.

Los comanches

Al contrario que sus feroces enemigos apaches conformaban una gran nación cohesionada con un solo jefe y un consejo de ancianos. La tradición oral y el respeto de sus leyes conformaban su convivencia.

Estaban asentados en un territorio entre los actuales estados de Nuevo México y Colorado. Vivían formando poblados. La familia constituía su célula elemental de relación; el culto y respeto al abuelo y al padre eran el pilar de su colectividad. Se dedicaban, principalmente, a la caza del cíbolo y a la artesanía, trabajando sus pieles y astas. Tenían ganado y les gustaba comerciar, participando en mercados. El caballo era esencial para su vida. En conseguirlos, por trueque o robo, volcaban sus esfuerzos.

Manténían, en permanencia, una fuerza de dos mil guerreros, lo que suponía una terrible amenaza. Entre sus armas había que añadir, a las simples de los apaches de arcos, flechas, lanzas y hachas, fusiles modernos que adquirían a comerciantes ingleses.

De constitución fuerte, eran grandes luchadores. Valientes y tremendamente crueles, eran muy temidos. Famosos por torturar a los enemigos que accedían a sus territorios, hicieron sus sierras y praderas territorios intocables. El combate lo basaban en la masa de guerreros, la simpleza de sus ataques y el valor de sus hombres. No tenían más tácticas que atacar de frente. Despreciaban la sorpresa.

Juan Bautista de Anza

Nacido en Sonora, era nieto de un colono bilbaíno e hijo de un capitán de dragones



*Teniente coronel Juan Bautista de Anza.
Gobernador de Nuevo Méjico*

de cuera. De joven, destacó en la revuelta de los serís y fue capitán de los presidios de Tubac, Tucson y Altar. Heredando la vocación de su padre descubrió una ruta que uniese Sonora con California, que hasta esas fechas solo se hacía por mar. Con gran esfuerzo consiguió enlazar con las misiones abiertas por San Fray Junípero Serra en la costa del Pacífico y fundar la ciudad de San Francisco.

Ascendido a teniente coronel por estos méritos, el virrey Bucareli le destinó como gobernador de Nuevo México, la provincia más conflictiva del virreinato, por sus continuos combates con apaches y comanches, otorgándole toda su confianza y permitiéndole una amplia iniciativa.

Nuevo México en 1778

La población se ubicaba a caballo del río Grande del Norte. De los trescientos mil habitantes aproximados del virreinato, la provincia tenía veintiuna mil almas. Las poblaciones más importantes eran Santa Fe, Pecos y El Paso.

En cuanto a indios hostiles, se ubicaban los apaches, divididos en tres tribus, al sur; y los comanches, al norte. Las hostilidades con los primeros se limitaban a pequeños robos y algún asalto esporádico. Con los segundos, eran de mayor intensidad: sufrían ataques importantes con muchas bajas. Ambas tribus buscaban, desesperadamente, la captura de caballos.

Los dragones de cuera contaban con ciento veinte hombres, con viejos equinos y armamento en mal estado. Se completaban con cuatro compañías de milicias generadas por civiles, que se incorporaban con su caballo y su arma.

Desde el primer momento, Anza emprendió tres acciones importantes: la primera, abandonar las estancias y rancherías aisladas, muy vulnerables a los ataques,

concentrando la población en las villas y aldeas. La segunda, construir en estas poblaciones buenas fortificaciones con adobe, donde pudiesen refugiarse y defenderse los vecinos, junto a las milicias. Y la tercera, que los dragones de cuera pasaran a ser reservas móviles para acudir en apoyo de estas guarniciones, en el tiempo más corto posible.

Conseguido el aumento en la seguridad, se corrió esta noticia por las provincias vecinas de Nueva Vizcaya y Coahuila, que sufrían frecuentes ataques, generándose un movimiento migratorio hacia Nuevo México que, en pocos meses, llegó a subir el censo un treinta por ciento.

Con la autorización del virrey, generó un movimiento de recogida de dinero, partiendo de un impuesto mínimo, con objeto de mejorar el armamento y paliar la carencia de caballos, para dragones y milicias. Buscaba, manteniendo el sistema defensivo, generar una fuerza ofensiva para adentrarse en el territorio comanche y derrotarlos.

La campaña contra Cuerno Verde, jefe supremo comanche

En manos del jefe Cuerno Verde, llamado así por adornarse con un morrión con astas pintadas con jade, las hostilidades habían llegado al máximo. Su odio y agresividad hacia los novohispanos era manifiesto.



Cuerno Verde. Jefe Comanche

Al año siguiente de haberse hecho cargo de la provincia, Anza emprendió su campaña ofensiva. Había conseguido, para aumentar la fuerza, un pacto con tribus

leales a cambio del botín de guerra que consiguiesen. Juntaba trescientos cincuenta españoles, donde cada dragón tenía a su cargo dos milicianos, y doscientos indios.

Aprovechando el trabajo previo de sus exploradores, daría un gran rodeo por el oeste del territorio comanche, con movimientos siempre nocturnos para que no se delatara el polvo que generaban los caballos. Cruzó el río Grande del Norte casi en su nacimiento y se adentró en las sierras que amenazaban las rancherías comanches.

En tres duros enfrentamientos, ejecutados de forma ejemplar, hasta el punto que hoy en día son estudiados por su brillantez por la academia militar de los EE. UU. de West Point, se derrotó y dio muerte al jefe indio.

Tras la victoria, el comportamiento de Anza fue ejemplar y sorprendente. No se hicieron más bajas que las precisas y se liberaron todos los prisioneros. Después, se retiraron a territorio propio, sin causar ningún estrago y no se volvió a realizar otra acción similar.

Continuó el mismo sistema defensivo y se favoreció el comercio, cada vez que había ocasión, con los comanches que se acercaban a mercaderear. Se recibieron algunos ataques que fueron rechazados, sin que dieran lugar a ninguna acción de desquite.

Ecueracapa, un cambio de rumbo

Los siguientes años, mientras la provincia iba creciendo en población, los comanches entraron en decadencia. Los ataques que sucedieron a algunas poblaciones de Nuevo México y Texas, que implantaron un sistema defensivo similar al de Anza, fracasaron. Los combates con los apaches tampoco prosperaron, sufriendo ambos importantes bajas. Para mayor abundamiento de desgracias, la epidemia de viruela que sufrió el virreinato les causó grandes pérdidas.

En 1785, el consejo de los comanches, viendo la experiencia sufrida, ajustició al jefe Toro Blanco, sucesor de Cuerno Verde, y designó un guerrero con grandes dotes de liderazgo: Ecueracapa. Este nuevo jefe, que reconocía la buena predisposición de los españoles hacia ellos, se avino a negociar un acuerdo de paz.

El 25 de febrero de 1786, en Pecos, en una solemne ceremonia, presidida por Anza y Ecueracapa, se firmó la paz en un acto donde se enterraron un sable de dragones y una lanza comanche y, sobre la misma tierra, encima se sembraron granos de

maíz, como signo de paz. Meses después, el rey condecoró a ambos con la Orden de Carlos III.

El acuerdo, muy completo, se extendía a todos los territorios españoles. Los comanches pasaron a ser súbditos del rey de las Españas. Se permitía ubicar rancherías comanches junto a poblados hispanos, para facilitar la integración. También, el libre tránsito de sus jefes y el movimiento de los indios para acudir a las ferias que se celebrasen en cualquier población española. Se elaboró un reglamento de comercio para que no se cometieran abusos en el mercadeo. Y también participarían, bajo mando español, en la lucha contra los apaches.

El final

Pronto se apreció lo beneficioso que había sido para ambos. La provincia ganó de forma exponencial con la llegada de nuevos colonos, las milicias se redujeron y su cometido de seguridad lo realizaron los comanches, que se convirtieron en una fuerza importante, a la vez que se les abrió un nuevo mundo. Convivir junto a los españoles hizo que aprendiesen nuevos oficios, el idioma, las formas de la siembra y el desarrollo de la ganadería. Se les daba un acordado valor a las pieles que curtían y a cambio conseguían herramientas, armas, ropas, caballos y lo que deseasen.

Los apaches, testigos de esta alianza, comprendieron que, tarde o temprano, no les quedaba otro camino que el abierto por los comanches. Más aún cuando un año después, fueron expulsados de Nuevo México y Texas. Con un goteo continuo, al sentir la presión de los dragones de cuera, unido a la falta de caballos, fueron abriéndose a la negociación en todo el virreinato con un trato similar al recibido por los comanches. En 1793, se acogió al último grupo apache. La paz daba alas a continuar el avance hacia el septentrión, quedaba mucho territorio por colonizar en Nueva España. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2026